

R E C E N S I O N E S

RODOLFO GIL BENUMEYA: *España y el Mundo Árabe*. Madrid. Ediciones del Movimiento. 1955; un vol. de 288 págs., con tres mapas, 45 pesetas.

La personalidad de Rodolfo Gil Benumeya, miembro de la Sección Africana y Oriental de este Instituto, colaborador de "Política Internacional", es sobradamente conocida para necesitar presentaciones entre sus amigos y lectores, que son muchos. Pero, por si estas líneas llegan a sectores donde se le conozca menos, bien se merece unas explicaciones, que ayudarán a comprender el alcance de la obra que examinamos, de apariencia menuda, pero de contenido sustancioso, y creemos que importantísimo.

Gil-Torres Benumeya es, en efecto, un omeya español, que a diferencia de otros que olvidaron los antecedentes y costumbres familiares, los ha conservado y completado. Intelectual, viajero, propagandista y escritor incansable, muchas de sus circunstancias familiares le permitieron conocer desde niño el Maghrib y el Machriq, llegando hasta la India. Benumeya ha sido "todo", y su biografía evocaría la de tantos personajes del Renacimiento y de la Epoca Imperial española. Profesor en Argel y El Cairo, agente cultural de la España Nacional, corresponsal y colaborador periodístico, ahora mismo lo es asiduo de "Mundo", "Madrid", "Africa", "Cuadernos de Política Internacional" y "Cuadernos Africanos y Orientales"; cofundador y animador de empresas como la Compañía Ibero-afro-americana y la Asociación Hispano-Árabe; directivo de la Sociedad de Estudios Internacionales. Y autor de incontables libros; desde los lejanos y olvidados balbuceos —"Cartilla del Español en Marruecos", "Ni Oriente ni Occidente", "Me-

dio Día"— a los más modernos y maduros, "Panorama de la Política Árabe", "España y el mundo árabe", "Arabidad e Hispanidad" y "Del Marruecos andaluz".

Benumeya no tiene enemigos, aunque despierte recelos en ciertos círculos colonísticos de países extraños que dominan trozos arábigos. De apariencia pintoresca y bohemia —reconcentrado como buen senequista y con un oculto método de trabajo y de acción—, conoce lo árabe y la idiosincrasia árabe, tan bien como a los principales personajes de los problemas árabes contemporáneos. Juan Aparicio decía de él en una ocurrente semblanza que su defectuosa dentadura le predisponía para pronunciar mejor la lengua del *Quran*.

Con estos antecedentes no es extraño que nos haya servido condensadamente un tratado completo sobre cuanto concierne a España en su proyección y fisonomía arábica y a las relaciones hispano-arábigas. Dicho sea de paso, cargando el acento sobre las hispano-marroquíes, que le parecen —con bastante razón— ser la clave de muchos nexos hispano-árabes y ser la base de realizaciones prácticas con indiscutible influencia en los demás contactos entre arábigos e hispánicos.

Mucho de lo que dice el libro estaba ya anticipado en la nutrida producción anterior de Benumeya; o mejor dicho, sus ideas son las que ya había exteriorizado. Pero lo dice de nueva manera, añadiendo datos que sitúan al día la exposición de cuestiones y acontecimientos; y por supuesto que lo dice amablemente, con su inconfundible estilo, a través de una se-

rie de breves capítulos que facilitan extraordinariamente la lectura —nosotros la hemos hecho, la primera vez, de un tirón—, que, además, es de la mayor variedad, dado el aparente desorden o contraste con que se suceden los temas. Todo ello engarzado está en seis partes, dotadas de títulos forzosamente convencionales, pero expresivos. El primero, "Sentido del Andalus Hispano-Árabe", se remonta a los antecedentes físicos y humanos de los enlaces entre España y lo preárabe: aportaciones mediterráneas y orientales anteriores, coetáneas y posteriores a Roma. Al Estado Cordobés como expresión máxima del esplendor común, al elemento español en dicho Estado y los elementos de civilización formativa que lo integraban. En esta parte comienza Benumeya la tarea (que a lo largo de todo el libro sostiene) de debelar leyendas, corregir tópicos y revelar grandes verdades —a veces de apariencia modesta— que pasan inadvertidas para muchos que se ocupan de estas cosas. Como la raíz hispánica del Jalifato de Occidente y las condiciones de propagación y convivencia de lo árabe y lo hispano-romano en la España medieval. La segunda parte, "Rumbos norteafricanos y africanistas", presenta las prolongaciones magribis del Jalifato y de los dos imperios posteriores asentados sobre ambas orillas del Estrecho. La influencia, decisiva, de los aportes andaluces al Magreb, la interferencia de la expansión española por los cuatro puntos cardinales, sobre la empresa africana posterior a 1492, y la aparición de un "problema marroquí", que desde 1880 (según Benumeya; algo antes según nosotros) se internacionaliza con daño para España y para Marruecos. Esto conduce a la tercera parte, "El protectorado español en Marruecos", cuya génesis, esencia, directrices y evolución se explican en sí y en su relación con lo que sucede allende la zona jalfiana del Magreb. La cuarta parte, "La nación española y las naciones árabes", aplica los nexos entre la España nacional y el Marruecos nacional; los primeros contactos de Madrid con la Liga Árabe y el cuadro alcanzado por las relaciones del Estado español con

los Estados que integran la Liga Árabe, en los terrenos de la diplomacia, el comercio y la cultura; cuadro muy prometedora y que ya registra realidades consumadas como el apoyo árabe a España en la O. N. U. y la mutua cooperación en sus "agencias especializadas".

El capítulo V, "Enlaces privados y emocionales", es un capítulo superimpresionista, lleno de bellos y hondos brochazos sobre la actitud y los sentimientos que en el mutuo contacto se despiertan a las dos partes afectadas; el lector aprende —pues no suele saberlo— que los árabes nos consideran como un país árabe más, aunque cristiano —también Líbano y Malta lo son— y de lengua románica. Y que todo lo hispano sigue siendo algo peculiar y selecto en el Magreb y, desde luego, familiar y no forastero. En fin, el último capítulo, "Uniones y Entrecruces mundiales", expone las proyecciones de la colaboración hispano-árabe en el Mediterráneo, el Oriente asiático y América; concluyendo con la precisión del acercamiento del Islam al catolicismo, merced a lo árabe precisamente. En fin, un esquema cronológico sintetiza con excelente y acertada selección los grandes hechos que desde la antigüedad a nuestro día jalanan la trayectoria de los pueblos árabes y de los pueblos hispanos.

El libro de Benumeya se caracteriza por lograr el desvanecimiento de los prejuicios que pueden dañar la colaboración hispano-árabe; tales como el de que la diferencia de credo la dificulta; de que España persigue logros egoístas en Marruecos, o de que los marroquíes nos son hostiles; de que sirve para poco, y nos desvía de otras tareas más importantes, etcétera. Y fustiga el superficialismo (incluso colorista) en el mutuo conocimiento y la interposición de "intermediarios" que huelgan.

Cumple, por tanto, una elevada tarea que todos —árabes y españoles— debemos agradecerle, y también a las Ediciones del Movimiento, que la han facilitado; lamentando que la obra no esté ya difundida en lengua árabe. Es un libro en el que hemos buscado "con lupa" los defectos —el entusiasmo y a veces la exa-

geración sin falsedad no lo son—, encontrándolos microscópicos. Como tal o cual omisión o confusión en datos, principalmente jurídico-administrativos; pues Benumeña tiene de todo menos de burócrata, con alma de fichero legislativo o estadístico. Y para acabar, una sugerencia:

que en la futura edición se añada alguna bibliografía, y por medio de notas, más cifras, fechas o datos equivalentes. La prosa de los números, en este caso, realizará la poesía del texto.

J. M.^a CORDERO TORRES

GUY WINT: *South Asia, unity and disunity*.—International Conciliation, noviembre de 1954, 193 páginas.

La dotación Carnegie ha confiado a Guy Wint, fino conocedor de los países asiáticos, en los que ha desempeñado diversas misiones y cuya reciente trayectoria política ha seguido atentamente, el encargo nada fácil de exponer la compleja coyuntura por que atraviesan actualmente los países del Suroeste asiático.

Wint aborda directamente el análisis de los factores de unidad y dispersión en aquella región, cuya importancia como posible entidad regional acrece de día en día.

Entre los primeros, aparte antecedentes históricos lejanos y la relativa similitud de factores geopolíticos, señala la común condición de herencia de la descomposición de tres grandes imperios: el británico, el francés y el holandés, que durante largo tiempo presentaron un curioso ejemplo de convivencia pacífica determinada, naturalmente, por la comunidad de intereses y también por la manifiesta superioridad de la potencia naval inglesa. Al plantearse su disolución, como consecuencia de la última guerra mundial, surgen a la vida internacional todo un grupo de nuevos países que, por encima de sus marcadas diferencias étnicas, religiosas o económicas, presentan características comunes desde el punto de vista de su vida política: en todos ellos late un vivísimo sentimiento nacionalista, encauzado por pequeñas minorías formadas precisamente en los países metropolitanos y que aspiran a hacer viable en sus patrias las formas políticas y culturales que allí conocieron y aprendieron a admirar. Bajo esa fina capa social, se agitan en todos ellos ingentes problemas de todo orden que constituyen una perpetua amenaza

de ruptura violenta y caótica del delicado proceso de adaptación emprendido por aquéllas.

De todos ellos, dos apremian, sobre todo, por su volumen y la urgencia de solucionarlos, guardando entre sí íntima relación: el problema económico y el de la expansión interna de las ideas comunistas.

Su planteamiento adopta matización diversa, según el distinto grado de desarrollo alcanzado por cada uno de esos países. En términos generales se advierte, ante todo, una mayor preparación para la vida autónoma entre los que proceden de la herencia británica; un mayor "atraso colonial" en los recientemente emancipados del dominio holandés; y una difícilísima posibilidad de vida política moderna en los que Francia ha pretendido conservar con las armas hasta hace escasos meses. Tampoco cabe, sin embargo, una generalización tan simple, pues cada uno presenta facetas propias de identificación. Ante todo, debe señalarse la madurez evidenciada por ciertas "elites" de la India (que sería engañoso hacer extensiva al país entero) en correspondencia con su notable desarrollo industrial, lo que le ha valido una evidente posición directiva dentro del grupo regional a que nos referimos. El Pakistán cuenta con un valiosísimo aglutinante social y político: la fe islámica, pero debe afrontar el perpetuo problema de su escisión geográfica, que deja a la capital en la zona más extensa, pero en la menos poblada y más pobre, advirtiéndose amenazas secesionistas por parte de la Bengala Oriental, cuyas consecuencias amenazarían la pervivencia del Estado entero. Sus viejas querellas con la India separaron ciertamente un primer

BIBLIOGRAFÍA

momento de peligro bélico, pero siguen planteadas con toda virulencia en Cachemira.

Ceílán y Birmania conocen un agudo peligro comunista interno (el primero alberga el único partido trotskista del mundo), del que hasta ahora se han defendido. Ambas han tenido roces con la India por causa de la actividades de las colonias hindúes establecidas en sus territorios, que parecen superados. Indonesia, emancipada en 1949, ha conocido un período de profunda agitación y dificultad determinado por su enorme extensión, sus divisiones territoriales y la abierta rebelión del formidable partido islámico, con graves consecuencias por la penetración comunista que ha originado.

Los tres Estados indochinos: Viet-Nam, Laos y Cambodia, han sido objeto de la guerra fría durante los últimos nueve años y su porvenir no parece tener solución próxima. Liberados del Japón por Inglaterra y China, que recibieron el encargo de la Conferencia de Potsdam, en 1945, un año más tarde se inició la guerra civil entre los hombres puestos por Pekín y el Gobierno francés que recibiera de Inglaterra su antigua colonia. La suerte de esa lucha es sobradamente conocida.

Tailandia ofrece la particularidad de ser el único Estado de la región que logró mantener su independencia del Occidente y de la avalancha japonesa. Sus instituciones se liberalizaron en 1932, pero también encara hoy su penetración comunista tanto por la presión de sus fronteras, como por el inquietante movimiento "Thai libre" agitado por China desde la provincia de Yunan, antiguo hogar de los pueblos Thai.

Entre los factores que unen este conjunto de países debe señalarse, ante todo, su signo negativo: su oposición al imperialismo occidental, que pretende ver en cualquier manifestación de esos países, por inocente que parezca, y que determina una abierta benevolencia para las empresas orientales, por peligrosas que sean (Japón en su día y China hoy); su temor creciente de la presión comunista exterior; su lógico deseo de hurtarse a toda costa a las consecuencias de la difi-

cil situación estratégica en que les sitúa geográficamente el actual planteamiento de los grandes bloques antagónicos. Fruto de ello es su entendimiento con el conjunto de países islámicos del Próximo Oriente y con otros tan alejados como Liberia, patente y muy valioso en los organismos internacionales.

Sus intentos de integración en una unidad regional han conocido varias formas:

De carácter exclusivamente político, la más importante ha sido la plasmada en el Pacto de la SEATO. Su valor regional es escaso, por no incluir más que al Pakistán y los países de la península indochina, presentando, además, aspectos perjudiciales por dar lugar a profundas diferencias entre Pakistán y la India.

En el orden económico existen tres tentativas notables para favorecer la unidad regional: el Plan Colombo, la Comisión Económica de las Naciones Unidas para Asia y Extremo Oriente (ECAFE) y el Servicio de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas.

El Plan Colombo surgió en 1950 como un intento de la "Commonwealth" para favorecer el desarrollo económico de los países pertenecientes a ella en Asia, ampliándose posteriormente su ámbito a la mayor parte de los otros países asiáticos. En 1951 los Estados Unidos le incorporaron su apoyo. Los problemas del Sureste asiático son considerados globalmente y se trata de resolverlos con un esfuerzo cooperativo y de mutuo intercambio de experiencias y medios. No supone un plan único, sino una suma de planes nacionales de los diversos participantes; su presupuesto de 2.000.000 de libras es, asimismo, el total de los distintos presupuestos locales; no cuenta ni con un órgano central ejecutivo ni con una Secretaría permanente, sino que cada país traza sus propios planes, que son discutidos en reuniones comunes, quedando reservado al criterio de los Gobiernos la adopción de las decisiones finales. Cuenta desde hace poco con un Comité Consultivo y con una Oficina, en Colombo, que se ocupa de la contratación de expertos occidentales para Asia. Lo más significativo del Plan Colombo ha sido fortalecer a los países de la región individualmente, lo que, como es

lógico, tiene efectos importantes para la estabilidad del conjunto de todos ellos. El grado de éxito del Plan decidirá si el Asia Meridional se hará o no comunista, lo que sin duda es causa de los duros ataques que con esta ideología le combate.

El ECAFE es otro notable esfuerzo de considerar el Asia Meridional como una unidad. No se trata de un cuerpo ejecutivo; se limita a dirigir la investigación y a sugerir procedimientos a los Gobiernos. Cuenta con una Secretaría permanente, complicada y costosa; su primera función es prestar consejo y dirigir las experiencias, pero no emprender acciones. Se le ha llamado el Parlamento de Asia, y su influencia es de primer orden. Aunque puede favorecer los arreglos políticos necesarios para llegar a una unidad, no puede llevarla a cabo por sí mismo.

La Secretaría de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas constituye, por el contrario, un brazo ejecutivo, extraordinariamente activo en esta región, a la que ha dedicado en el último año un tercio de su presupuesto total, principalmente aportando el personal necesario para el desarrollo de los proyectos económicos

de los distintos países. Merced a su inmensa labor, se ha llegado a crear en algunos países un nuevo clima de opinión, adquiriéndose plena conciencia de la utilidad de emplear los nuevos conocimientos y técnicas en la solución de los problemas seculares de aquellas regiones.

Finalmente, son de señalar los esfuerzos bilaterales entre aquellos países y algunas grandes potencias mundiales. En primer lugar, deben mencionarse los tratados de diverso tipo, concertados por los Estados Unidos. Junto a ellos deben tenerse en cuenta los esfuerzos de Inglaterra, de enorme magnitud, y de Rusia (recientemente se ofreció a construir para la India un gran dique de acero); el Japón ha empezado también a interesarse por incrementar la capacidad adquisitiva de estos clientes naturales.

La conclusión de este estudio es, en primer lugar, que no es fácil ni probable llegar a una unidad regional en el Suroeste asiático y, en segundo término, que esta región ha de contar cada día más en el horizonte político como factor de primera magnitud.

R. F. QUINTANILLA

ROBERT ARON: *Historie de Vichy*.—Librairie Arthème Fayard. Paris, 1954.

El propio autor, en el prefacio y en la conclusión de la obra, la encuadra en límites bien definidos. No intenta hacer una historia crítica de los años durante los que el mariscal Pétain asumió la Jefatura del Estado francés. Menos aún, enjuiciar su política y la de sus colaboradores, entre los que descuella el presidente Pierre Laval.

No han pasado aún bastantes años para abordar tamaña empresa. Las pasiones agitan todavía los pechos, los odios enturbian las miradas y las heridas apenas si han iniciado su proceso de cicatrización. Habrá de transcurrir tiempo, mucho tiempo, antes de que el investigador pueda estudiar el período con la calma y la perspectiva histórica necesarias.

Lo que sí pretende y consigue es presentar los hechos tal y como fueron, tal y como aparecen de los abundantes do-

cumentos y fuentes consultados, muchos de ellos inéditos hasta el momento. Proviene éstos de los más diversos campos, del gaullista y del de Vichy, de los archivos alemanes y de los núcleos de Resistencia.

Su contenido es forzosamente contradictorio muy a menudo, por las opuestas versiones que dan de un mismo hecho los distintos narradores, llevados de su afán partidista o de autojustificación.

El autor trata de averiguar, entre tantas afirmaciones contrapuestas, lo que realmente ocurrió. Dificil tarea, en la que triunfa las más de las veces. Cuando no es posible encontrar la verdad, ofrece al lector los varios puntos de vista, aligerándoles de la maleza propagandística y apologética que los disfraza.

Ni partidario del mariscal Pétain ni del general de Gaulle, ni disidente ni colabo-

racionista, fija desde un principio su postura ilustrándola con un ejemplo: unos oficiales de Aviación franceses forman la guardia de honor a la entrada del mariscal, recién nombrado presidente del Gobierno, en la Catedral de Burdeos, al día siguiente del armisticio.

Sus rostros están tensos, sus puños crispados revelan la emoción que los domina. ¿Será, como afirma Edouard Herriot, presente en la ceremonia, que ya odian al jefe que ha reconocido la derrota y se ha humillado ante el enemigo pidiendo el cese del fuego?

¿O irá dirigida su ira, por el contrario, contra los gobernantes que consideran responsables de la derrota, contra el propio Herriot, contra los Blum, Daladier o Reynaud, según interpreta el futuro ministro de Vichy Paul Baudouin, también testigo presencial del acto?

Para el autor, transcurridos catorce años largos desde aquella fecha, va siendo ya la hora de sugerir que la tirantez de las caras de los oficiales y la tensión de sus puños se debían, simplemente, al dolor de ver a su país derrotado y su territorio ocupado por el enemigo. Solamente el tratar de mantener esta actitud ecuánime merece, a nuestro juicio, los máximos elogios.

En 747 páginas de prosa sencilla y amena, al alcance de todos, van desfilando hombres y acontecimientos. Unos y otros van tejiendo la red que acabará por aprisionar al venerable mariscal, el único hombre que en la hora dramática del desastre aceptó cargar sobre sus espaldas, que hasta entonces no habían conocido más peso que el de la gloria de sus victorias, el fardo de la Patria en descomposición.

Es interesante la semblanza que de Pétain hace el autor: "Representa entonces (en 1940) la sola esperanza del país, casi unánime, que se confía a él en los días de su prueba más dura.

En sus diversos mandos militares, Pétain logró durante la primera guerra mundial victoria tras victoria, permaneciendo fiel a las ideas que profesaba en la preguerra y que habían dificultado entonces su ascensión. No emprende jamás una acción sin estar seguro de poder triunfar. Multiplica las precauciones.

A fuerza de ser prudente, algunos le reprochan el ser pesimista, negativo, derrotista incluso.

Cerca de cuarenta años necesitó el teniente salido de Saint Cyr para llegar a coronel. Cuatro le bastaron para ascender de coronel a mariscal. Paul Valéry, en su recepción en la Academia francesa, le dirá: "Sois aquel que, partido para la guerra al frente de seis mil hombres, ha regresado de ella como jefe de tres millones de combatientes."

La postguerra es fértil en iniciaciones para él; iniciación a la vida conyugal: se casa a los sesenta y cinco años; iniciación en la vida política: forma parte del Ministerio Doumergue en 1934. Bien pronto vendrán nuevas iniciaciones aún más excepcionales. "He hecho —dirá el propio mariscal— mi aprendizaje de embajador a los ochenta y un años, y el de jefe del Estado a los ochenta y cuatro."

He aquí, pues, a un hombre que hace sus primeras armas políticas a una edad en que la mayoría están ya jubilados de toda actividad pública. Fiel a su regla, llevará a este nuevo campo la misma prudencia, la misma independencia y, sobre todo, la misma paciencia que tantas veces mostrara a lo largo de su carrera militar.

Es también, y cada vez más, una especie de jefe espiritual que se expresa como un moralista y que concede una especial importancia a los problemas de la juventud y de la educación. Moralismo que no excluye al pesimismo: cree firmemente en la virtud regeneradora del sufrimiento. Es un hecho conocido, afirmará, que la derrota despierta siempre a los franceses.

Prudencia, paciencia, fe en su misión, moralismo un poco miope a veces, tales son los rasgos aparentes del Pétain soldado, ministro o embajador que heredará el Pétain jefe de Estado. Pero también los hay menos visibles, que contribuyen a hacer de él una personalidad compleja.

Por de pronto, su marrullería y su afición por los pequeños medios. Otra sombra del retrato: su ingratitude, que crece con los años. En estas mezquindades puestas al servicio de grandes designios, algunos han querido diagnosticar síntomas de debilidad senil.

Sin duda, en 1940 y los años posterior-

res tendrá momentos de gran lucidez y presencia de espíritu; sin embargo, aun los íntimos que le son más fieles deben reconocer que, a los ochenta y cuatro años, hay instantes en que su cerebro no funciona como debiera.

Muy a menudo, por cansancio, acaba por dar la razón, en apariencia al menos, al mismo a quien se la negara al principio. Otras veces tiene fallos de memoria que dejan estupefactos a los que los presenciaban.

Esta inteligencia con eclipses está afebrada también (otra consecuencia de la edad) a concepciones retrógradas, incompatibles con los tiempos nuevos.

El país no quiere, sin embargo, saber nada de esas limitaciones, de esas quietudes de voluntad, de esas esclerosis del pensamiento. Aureolado por sus virtudes, Pétain se le aparece en 1940 como un personaje de vidriera, casi intemporal. Cuando el mariscal habla de la Francia eterna, parece como si él mismo la encarnara.

La Providencia quiso que aquel militar de ochenta y cuatro años que en junio de 1940 constituía la única esperanza de cuarenta millones de franceses, acabara sus días en una sombría fortaleza de una isla de Bretaña. Su gestión no estuvo exenta de errores, pero la rectitud de sus intenciones no puede desconocerse por ninguna persona desapasionada.

Quizá su mayor equivocación, como acertadamente señala el autor con frase de Paul Marion, fué "actuar frente a los alemanes como si estuviera viviendo en 1870 o en 1815, en la época en la que las grandes masas humanas no tenían todavía conciencia de ser ciudadanos. Creyó que se podía hacer política en el secreto de los gabinetes ministeriales y de los Estados Mayores, cuando existía la radio, y la propaganda, y los pueblos estaban apasionados por la política. Creyó que podría resistir a los alemanes, engañándoles, y proteger a Francia valiéndose de medios inadecuados al mundo moderno".

Pétain en ningún momento pensó en una colaboración sincera con Alemania, ni en traducir en hechos las frases que se veía obligado a pronunciar. Pero eso no lo sabían los franceses, cuyo único

elemento de juicio eran aquellas palabras, y ante ellas, unos, creyendo obedecer fielmente sus consignas, extremaron la nota colaboracionista hasta llegar al límite de la traición, y otros, creyéndose traicionados por el jefe en el que habían confiado, lo consideraron un enemigo más.

Este fué el drama de Francia y el drama de Vichy, el que hizo que franceses igualmente patriotas lucharan entre sí o se tuvieran que enfrentar a piquetes de ejecución franceses también.

Como contrapunto del mariscal, se nos aparece Pierre Laval. Veamos cómo lo define Robert Aron:

"Un hombre que llega al Poder con sus defectos detonantes y sus cualidades singulares..., su confianza en sí mismo le hace tomar, por sí solo, las decisiones que considera convenientes, aunque sean impopulares. Nada le detiene cuando cree tener razón.

Sincero en sus sentimientos patrióticos. Tiene por el suelo de Francia un apego, casi físico, no exento de grandeza. Pero en sus pesadillas de sonámbulo no todo es de igual pureza. También se encuentran en su alma todos los rencores que han llenado de amargura su corazón de hombre político.

A este odio se añaden las ilusiones que ha concebido, toda la megalomanía que le ha despertado su inesperada carrera de hijo de un posadero llegado a la cima del Poder. Ve a Francia, aun derrotada y mutilada, ocupando gracias a él un lugar preponderante en la Europa que está surgiendo y de la que su país será guía merced a su esfuerzo y a su visión.

La última lucha de Laval, en 1944, contra las exigencias del alemán, que pronto estará definitivamente vencido y le arrastrará en su caída, es como la del capitán que abandona el último su navío que se hunde. Poco importa en ese momento que sea un pirata o un cruzado. No por ello merece menos el respeto de la tripulación."

Estos son los dos principales protagonistas del drama. Junto a ellos, aparecen multitud de figuras, actores también de la tragedia: el general Weygand, el almirante Darlan, el presidente Flandin; siempre presentes también, los interlocutores alemanes: Hitler, Ribbentrop, el embajador

BIBLIOGRAFÍA

Abetz. En la penumbra, el general de Gaulle, aunque ausente, proyecta su sombra sobre la escena, lo mismo que los dirigentes aliados, Churchill, Roosevelt.

El libro está dividido en seis partes: Preliminares, que abarcan desde el día 12 de junio de 1940, fecha en que el Gobierno francés abandona París ante el avance alemán, hasta el 10 de julio del mismo año, día en que la Asamblea Nacional francesa confiere al mariscal todos los poderes del Estado, elevándole a su Jefatura y aboliendo prácticamente la III República.

Primer período de Vichy, del 10 de julio de 1940 al 9 de febrero de 1941, momento en que empiezan a dibujarse las posiciones y características del régimen y sus hombres, y que termina con la dimisión de Flandin y la accesión del almirante Darlan a la presidencia del Gobierno.

Segundo período de Vichy, del 9 de febrero de 1941 al 18 de abril de 1942, que comprende la época de estrecha colaboración entre el mariscal y el almirante Darlan, hasta la eliminación de este último a

consecuencia de las fuertes presiones alemanas.

Tercer período de Vichy, del 18 de abril al 27 de noviembre de 1942. Es el apogeo de Pierre Laval, y concluye con el desembarco aliado en África del Norte, la invasión alemana de la zona hasta entonces libre de Francia y el hundimiento de la Flota.

Cuarto período de Vichy, que va del 27 de noviembre de 1942 a la Liberación, con la constitución de Pétain como prisionero de los alemanes y su posterior entrega a las autoridades gaullistas francesas, para comparecer voluntariamente ante sus jueces.

Como colofón final, una breve conclusión recapitula sucintamente los acontecimientos y, sin pretender hacer el balance de Vichy, da los últimos toques al retrato de sus personajes dentro de las normas de objetividad que el autor se ha propuesto observar desde un principio.

G. F. DE CORDOVA

LORD ISMAY (*secretario general de OTAN*): *OTAN. 1949-1951. Les cinq premières années.*—Bosch-Utrecht (Holanda), 297 páginas.

El autor, lord Ismay, con motivo de cumplirse el V aniversario de la creación de la OTAN, ha escrito una Memoria de gran interés en la que analiza al detalle la situación militar en que se encuentran actualmente los dos grandes bloques de fuerzas que dominan al mundo.

La Memoria está dividida en tres partes, precedidas de una breve introducción, en las que se estudian respectivamente los antecedentes históricos del Tratado del Atlántico Norte y su evolución posterior, el funcionamiento de la OTAN y las realizaciones conseguidas en sus primeros cinco años de vida, es decir, de 1949 a julio de 1954.

"El día de la capitulación de Alemania, dice lord Ismay, las fuerzas de los Estados Unidos, del Reino Unido y del Canadá, en Europa, se elevaban a un total de 4.720.000 hombres; un año después no llegaban a los 900.000. La U. R. S. S., por el contrario, continuaba manteniendo todas sus fuerzas en pie de guerra y haciendo

trabajar a pleno rendimiento a sus industrias de guerra." El mundo libre comienza a darse perfecta cuenta del nuevo y terrible enemigo que le acecha cuando todavía no ha transcurrido un año desde que terminó la más grande conflagración de todos los tiempos. El Tratado de Bruselas del 17 de marzo de 1948, constituye la primera medida efectiva del mundo occidental ante la amenaza soviética. Con el Tratado del Atlántico Norte, firmado en Washington el 4 de abril de 1949, los países libres se aprestan, militarmente, a la defensa y el 6 de octubre del mismo año el presidente Truman firma la "Ley de Ayuda Militar para la Defensa Mutua). A partir de la guerra de Corea todos los miembros del Consejo del Atlántico Norte, con excepción de Robert Schuman, ministro francés de Negocios Extranjeros, se muestran ya dispuestos a aceptar la participación de Alemania en la OTAN. En diciembre de 1950, el general Eisenhower es nombrado comandante supremo de las

Fuerzas Aliadas, en Europa, y Alfred M. Gruenther es elegido por el nuevo comandante supremo como jefe del Estado Mayor del "SACEUR" ("Supreme Allied Commander Europe"). Con estos nombramientos, el "SHAPE" ("Supreme Headquarters Allied Powers in Europe"), comienza a funcionar con plena efectividad.

Con la reunión celebrada en Lisboa el 20 de febrero de 1952, por el Consejo del Atlántico Norte, se inicia una etapa decisiva en la historia de la OTAN. Los Gobiernos miembros se comprometen a aportar, durante 1952, al sistema de defensa de la Organización, 50 divisiones, 4.000 aviones e "importantes fuerzas navales", y el Consejo reafirma la "necesidad urgente, en interés de la defensa de la Europa occidental, de establecer en la fecha más cercana posible, una fuerza de defensa europea eficaz, con la participación de Alemania". Se acuerda también, en la misma reunión, proceder a modificar radicalmente la estructura de los organismos civiles de la OTAN y fijar la sede de la Organización, con carácter de permanencia, en París.

En la segunda parte de la Memoria, dedicada, como dijimos anteriormente, al examen del funcionamiento de la OTAN, lord Ismay estudia su Organización Civil (Cap. VI), su Estructura Militar (Cap. VII) y el Examen Anual (Cap. VIII), que es, en opinión del autor, "el principal instrumento de coordinación del esfuerzo defensivo de la Alianza".

La tercera parte de la Memoria, dedicada a "Las Realizaciones", es, a nuestro juicio, la más interesante. Está dividida en seis capítulos en los que se estudian: "El aumento progresivo de las fuerzas armadas de la OTAN" (Cap. IX), "La Infraestructura Común de la Organización" (capítulo X), el "Desarrollo de la Producción de Defensa" (Cap. XI), "El esfuerzo individual y la asistencia mutua" (Cap. XII), las "Medidas para un período de crisis" (Cap. XIII) y la "Cooperación en las cuestiones no militares" (Cap. XIV).

En diciembre de 1949, las fuerzas de que disponía la OTAN ascendían a 12 divisiones, 400 aviones y un número correspondiente de navíos. Hoy día la OTAN dispone de unas 100 divisiones situadas en un vasto perímetro que se extiende de

Noruega a Turquía, de unos 5.000 aviones y de 125 bases aéreas.

En un interesantísimo Anejo, el autor se ocupa también de las fuerzas del bloque soviético que se opondrían a las fuerzas de la OTAN en una posible conflagración del futuro. "La U. R. S. S. y sus satélites —afirma lord Ismay— cuentan actualmente con más de 6.000.000 de hombres bajo las armas, de los cuales 4 y medio pertenecen a las fuerzas terrestres." 22 divisiones rusas, estacionadas en Alemania oriental, blindadas en su casi totalidad, constituyen lo que podríamos llamar las fuerzas de choque del bloque soviético. Se hallan reforzadas por siete divisiones alemanas y una veintena de divisiones checoeslovacas y polacas. El segundo grupo del dispositivo soviético lo integran 60 divisiones rusas estacionadas en los países satélites y en la parte occidental de Rusia. El plan de movilización, común a todos los países del bloque soviético, permitiría a éste disponer de 400 divisiones al mes de iniciarse la movilización. La fuerza numérica del Ejército del Aire soviético, ha permanecido constante durante estos últimos años (unos 20.000 aparatos), pero ha sido considerablemente modernizada. Hoy día, casi todos los aviones de caza y dos tercios de los bombarderos ligeros son aparatos a reacción. En los tres últimos años los soviets han triplicado el número de aeródromos de Europa oriental, aptos para cazas a reacción. La Flota submarina soviética dispone de más de 300 unidades en servicio y la Flota de superficie de tres navíos de línea, 24 cruceros y 150 destructores. Hay que señalar también, muy especialmente, los grandes progresos que los soviets están llevando a cabo en la guerra atómica, química y biológica, y en la producción de proyectiles teledirigidos.

La gran superioridad del bloque oriental, sobre todo en efectivos terrestres, no puede ser compensada por el bloque occidental —afirma lord Ismay— más que por una utilización cada vez mayor de las armas atómicas y de los proyectiles teledirigidos. "Solamente utilizando estas armas no clásicas, la OTAN podría retrasar el avance de las tropas soviéticas el tiempo necesario para dar lugar a una intervención masiva de la aviación aliada que proceda a destruir las instalaciones de retaguar-

BIBLIOGRAFÍA

dia del enemigo y los centros neurálgicos de su potencial bélico."

El valor del material militar que los Estados Unidos habían entregado a los países europeos de la OTAN a comienzos de 1954, se elevaban a 15.000 millones de dólares, aproximadamente.

La OTAN tampoco ha olvidado, como es natural, los grandes peligros a que las poblaciones civiles se verían expuestas en caso de guerra y ha tomado una serie de medidas, que son recogidas por lord Ismay en el capítulo XIII, encaminadas tanto a la protección de los no combatientes de la retaguardia (para lo cual se han creado un "Comité especial de la protección civil" y un "Comité de refugiados y evacuados"), como a evitar que las operaciones militares se vean entorpecidas, o incluso paralizadas totalmente, por el posible éxodo en masa de la población civil aterrorizada ante el avance del enemigo. A evitar estos graves inconvenientes obedece, por ejemplo, la creación de las llamadas "Oficina de estudio de los transportes oceánicos", encargada de preparar el tonelaje disponible para una rápida evacua-

ción de la población, y la "Oficina de estudio de los transportes interiores de superficie en Europa".

En el último capítulo, el XIV, de la Memoria, lord Ismay examina problemas tan interesantes como el de la cooperación económica (todos los Estados miembros de la OTAN participan en las actividades de la OECE), el de la cooperación social y cultural, el de la OTAN y la opinión pública, el de las relaciones de la OTAN con las organizaciones internacionales y con los parlamentarios de los diferentes países, el de las relaciones entre las fuerzas armadas de la Organización y las poblaciones civiles, etc., etc.

Para terminar diremos que, de acuerdo con los informes de lord Ismay, en 1954 los gastos militares de los miembros de la OTAN han alcanzado la cifra de 8.300 millones de libras.

Creemos innecesario añadir que la Memoria de lord Ismay contiene también una larga serie de anejos, gráficos, apéndices y mapas de gran utilidad para el lector.

RAFAEL GODEP

The Year Book of World Affairs 1954.—The London Institute of World Affairs: Stevens & Sons Ltd., Londres, 1954, 378 páginas.

De esta publicación ya hemos hablado otra vez en estos Cuadernos de Política Internacional (ver núm. 15, septiembre de 1953), y, naturalmente, año tras año, cuando aparezca cada volumen nuevo, hemos de seguir refiriéndonos a él. Pues el éxito de este Anuario reside fundamentalmente en que en sus páginas se reúnen unos excelentes artículos escritos por técnicos en temas de importancia innegable, que son por necesidad un material de primera calidad para todo aquel que está interesado en cuestiones de política internacional.

Una vez más, sus editores son el doctor George W. Keeton y el doctor Georg Schwarzenberger. El doctor Keeton, abogado en ejercicio en Londres y decano de la Facultad de Leyes de dicha ciudad, pertenece desde 1938 al London Institute of World Affairs. Con anterioridad a estos puestos, ha desarrollado labor docente

en las Universidades de Hong Kong y Manchester; autor de numerosas obras de Derecho y novelas, merecen recordarse principalmente: "Problem of the Moscow Trial" (1933); "Shakespeare and his Legal Problems" (1930); "The Law of Trusts" (cuya primera edición es de 1934 y en 1953 ha merecido una sexta) y "Making International Law Word" (una edición en 1939 y otra en 1946), redactada junto con Georg Schwarzenberger, internacionalista, cuyas dos obras de mayor relieve, junto a las antes citadas, son "A Manuel of International Law" (de la que se han hecho sólo en Gran Bretaña tres ediciones) y "Powers Politics: A Study of International Society". Alemán de origen, nacionalizado luego como súbdito británico, ha sido profesor de las Universidades de Heidelberg, Berlín y Tubinga, y hoy ocupa el cargo de vicedecano de la

Facultad de Leyes de la Universidad de Londres.

Normalmente, en anuarios correspondientes a años anteriores, se recogían monografías dedicadas a los más distintos temas. En el presente, por primera vez desde que se edita, prácticamente todo el volumen está referido a una sola materia. Los editores ya lo advierten en una nota con la que se encabeza el libro, y la razón de haber actuado así se debe a que ante la posibilidad de que en 1955 la Asamblea General de las Naciones Unidas hagan un llamamiento para una conferencia general de todos los miembros de la Organización, es por lo que les ha movido a concentrar la atención del volumen en las Naciones Unidas y analizar sus más importantes actividades. Sin embargo, y a pesar de esta afirmación, no hay que olvidar nunca lo que los mismos editores afirmaban en 1952, que "cada artículo no es sólo un trabajo independiente, sino parte de un conjunto".

De un total de once monografías incluidas en este volumen para 1954, ocho están dedicadas a tratar distintos aspectos de las Naciones Unidas. Los autores y títulos de ellas son los siguientes: Max Beloff, "Problems of International Government"; E. H. U. de Groot, "Great Britain and the United Nations"; Henry R. Winkler, "The United States and the United Nations"; J. Frankel, "The Soviet Union and the United Nations"; L. C. Green, "The Security Council in Retreat"; Susan Strange, "The Economic Work of the United Nations"; Charmian Edwards Toussaint, "The United Nations and Dependent Peoples"; Bin Cheng, "International Law in the United Nations". Las monografías que no se refieren a temas relacionados con las Naciones Unidas son: Laura Longmore, "The South African Dilemma"; F. P. Chambers, "Interest Groups and Foreign Affairs"; y A. E. Moodie, "Agrarian Reform in East Central Europe".

De todas estas monografías, consideramos como de especial interés aquellas tres en las que se expone la actitud de Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética, respecto a las Naciones Unidas; y de las tres la que más atrae es la que analiza la posición de este último país

en relación con el organismo internacional. El autor, J. Frankel, se sitúa en el plano, para montar su análisis, de que Rusia sigue una política internacional que en esencia no tiene diferencia de las políticas que siguen otros países. El hecho que una organización internacional esté formada principalmente por Estados capitalistas, da lugar a que los soviets no la consideren como núcleo para un gobierno universal. Por otra parte, los dirigentes comunistas de Rusia han sido reacios a intervenir en una sociedad internacional, por lo que toda la historia de su política internacional ha de estar siempre considerada teniendo en cuenta este punto de vista. La actitud soviética ante las relaciones supranacionales ha sido calificada a veces de "marxismo" y otras de "maquiavelismo"; sin embargo, ni una ni otra calificación pueden considerarse como perfectas. Hay que ir a conceptos más profundos y basándose en que las relaciones del Estado soviético con los Estados capitalistas dan lugar a un "inevitable" choque; los comunistas montan toda su política internacional a base de tesis, estrategia y táctica. A pesar de los cambios habidos en el Poder comunista a partir de la Segunda Guerra Mundial, a los cuales el autor califica de drásticos, hay una asombrosa continuidad en la formulación de las tareas del partido en el campo de la política internacional. Stalin, hasta su muerte, y después Malenkov, Beria y Molotov, incluso ya el mismo día de los funerales del primero, constantemente han hablado de "paz, de cooperación internacional y de promoción de relaciones comerciales". El término cooperación, desde la revolución de 1917, ha estado constantemente en la boca de los dirigentes soviéticos.

Después de sentar las premisas básicas de la política internacional comunista, J. Frankel dedica parte de su monografía a exponer la actitud soviética en las distintas etapas en que puede hacerse una división de la historia actual del mundo a partir de la Primera Guerra Mundial. En la época de la Sociedad de Naciones, los dirigentes soviéticos consideraron a este organismo supranacional como un feudo de Gran Bretaña y Francia y, por

BIBLIOGRAFÍA

lo tanto, hostil a ellos. Esto confirmaría la actitud poco amistosa que sostuvieron hacia la Liga de Naciones y su posición de que no era deseable la participación en ella, pues de la misma ningún provecho iban a sacar. En los primeros tiempos de las Naciones Unidas, es decir, en la época que puede centrarse sobre el año 1943, y gracias a la política seguida por Cordell Hull, de obligar a Rusia a participar en un sólido movimiento internacional, no hay duda que esta nación mantuvo una actitud que Byrnes calificó de favorable y *cooperadora*. Mas en el período comprendido entre Dumbarton Oaks y Yalta, ya de nuevo vuelve a su posición, que puede ser calificada de clásica y que se acentúa en la etapa comprendida entre Yalta y San Francisco. Británicos y norteamericanos, que hasta el momento habían creído en Rusia, se dan cuenta de lo que puede ser el porvenir, y así ocurre que cuando nacen las Naciones Unidas, lo hacen ya bajo un clima nebuloso. En 1947 los norteamericanos buscan la fórmula de cubrir el "impasse" que se ha producido en la ONU y toman importantes medidas desde un punto de vista político. Estas

son la Doctrina Truman y el Plan Marshall (marzo y julio de dicho año).

La réplica soviética se hace sentir inmediatamente. En noviembre de 1947 se constituye la Cominform, institución por medio de la cual se coordina y se centraliza el control político de los países satélites, cuyo primer resultado positivo se produce en febrero de 1948 con el golpe de Estado de Checoslovaquia. En enero de 1949 la integración económica del bloque comunista tiene lugar con el Plan Molotov. Luego, en 1950, los soviets vuelven de nuevo a las tácticas empleadas en los primeros tiempos de la Sociedad de Naciones, para mantener una actitud permanente de obstrucción.

El presente Anuario, correspondiente a 1954, contiene en sus cien últimas páginas su normal sección titulada "Reports on World Affairs", la cual, subdividida en epígrafes relativos a la sociología, economía, educación y psicología, geografía y fundamentos jurídicos y legales, recoge las obras más importantes publicadas en todo el mundo en el año y a las cuales se acompaña el correspondiente comentario.

LUIS M.^a LORENTE RODRIGÁNEZ